

6. La promesa en San Benito

Decía que para vivir la vocación humana y cualquier vocación personal es necesaria la esperanza. Veamos cómo San Benito era consciente de ello.

He citado al principio el pasaje del Catecismo de la Iglesia Católica que dice: “La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra.” (CIC nº 1817)

Es importante, pues, ser conscientes de que la promesa de Dios, la promesa fundamental a la que estamos llamados a anclarnos una y otra vez, es la promesa de la vida eterna y de la felicidad.

Esta idea de la aspiración a la vida eterna como felicidad suprema del hombre nos remite a un pasaje del Prólogo de la Regla de San Benito que no me canso de citar, porque es fundamental para comprender cómo toda vocación cristiana está sembrada en el campo de nuestra humanidad, de nuestro corazón, hecho para la vida eterna y la felicidad total. En efecto, San Benito hace que la vida monástica comience con un Dios suplicante que se pasea entre la multitud gritando un versículo del Salmo 33: “¿Hay alguien que ame la vida y desee días de prosperidad?” (Sal 33,13; RB Prol. 14-15).

Esta pregunta, esencial en todo corazón, en toda cultura, en toda religión, esta pregunta es una provocación, como un desafío, pero un desafío lleno de promesa. Ese Dios suplicante tiene en sí mismo el bien que ofrece; Él mismo es la vida y la plenitud de la alegría del corazón humano. El Señor provoca a la multitud, no para juzgarla, sino porque en Él hay un manantial de vida y de felicidad que tiene sed de brotar, de salir al encuentro de toda la humanidad. En Él el abrazo para acoger a la humanidad, como los brazos del padre en el cuadro de Van Gogh, está ya abierto y tendido hacia todo ser humano desde el momento eterno en que Él piensa en él y lo crea con amor.

San Benito hace partir todo de esta propuesta y promesa de Dios, pero también de la libertad de cualquiera de la multitud que responda: “¡Yo!”.

A partir de esta respuesta elemental de libertad que reconoce que desea la vida y la felicidad, Dios inicia un camino, un “camino de vida” (RB Prol. 20). Un camino de educación, de formación, de acompañamiento para que el “yo” que dice “¡Aquí estoy!” pueda crecer en esa conciencia y experiencia (cf. RB Prol. 14-21).

Un corazón humano que dice “¡Yo!”, que dice “¡Aquí estoy!”, es decir: “¡Yo estoy aquí! ¡Estoy preparado!”, es un corazón que expresa una esperanza en lo que Dios nos promete, llamándonos a la vida y a la alegría desde el momento de nuestra creación; es un corazón que expresa una esperanza en la promesa de vida y de felicidad que Dios mismo es para nosotros llamándonos, atrayéndonos hacia sí, creándonos para vivir y ser felices.

Si la esperanza en nosotros, en la vivencia de la vida cristiana y más aún en nuestra vocación particular, no parte y recomienza una y otra vez desde este diálogo fundamental, que más que un diálogo de palabras es un diálogo ontológico, un diálogo antropológico, será siempre una esperanza ficticia, una esperanza que no tiene los pies en la tierra, sino que saltará de una necesidad puntual a otra, de una

necesidad pasajera a otra, en lugar de apoyarse en nuestro ser más profundo, en nuestro corazón hecho conciencia del deseo fundamental de la vida, que es el deseo que anima el corazón de Dios reflejado en nuestro corazón.

En efecto, en el Prólogo de su Regla, al hombre que responde “¡Yo!” a Dios que le promete la vida y la felicidad, Dios responde a su vez con el don de sí mismo: “Antes incluso de que me invoques, te diré: ¡Aquí estoy!” (RB Prol. 18). Y la Regla añade, con asombro: “Hermanos amadísimos, ¿puede haber algo más dulce para nosotros que esta voz del Señor, que nos invita?” (Prol. 19).

Este diálogo entre Dios y el hombre no es sólo el que tiene lugar al surgir una vocación particular, como la vocación monástica: es un diálogo que nos constituye ontológicamente, en el que tiene lugar la vida y el camino de todo ser humano, de toda libertad humana. Si entramos en diálogo con el Dios que nos ofrece la vida y la felicidad, si tomamos conciencia de su presencia y la acogemos, si entonces aceptamos vivir en comunión con Él, es precisamente así como Él crea nuestra libertad, crea nuestra libertad fundamental, la de elegir la vida y la felicidad que Dios nos ofrece y para la que Él nos ha querido, nos ha amado, nos ha creado. La libertad está llamada a elegir aquello para lo que está hecha, aquello para lo que estamos hechos. Mejor: la libertad humana es esta llamada a elegir a Aquel que nos hace, Aquel sin el cual no existimos.

Así pues, es a partir de este punto, que está en el origen de nuestra existencia –en el origen, como he dicho, no sólo cronológico, sino ontológico, por lo que es un punto permanente, un punto eterno, no sólo en Dios, sino en nuestro corazón–, es a partir de este punto que el camino de la vida llega a coincidir con el camino de la esperanza.

Este camino para nosotros no es lineal, no es siempre ascendente. Es un camino lleno de momentos de confusión, momentos de desorientación, de caídas y retrocesos. Y esto vale tanto para la vida personal de cada uno como para la vida de una comunidad. Es importante, pues, comprender cómo es todo esto, y cómo se nos da y se nos pide esperanza precisamente para avanzar por este camino, a pesar de todo.